

## La venganza de Hernán Migoya

El autor de «Todas putas», libro por el que se le acusó de atentar contra los derechos de la mujer, vuelve con una nueva obra, «Putas es poco» ■ En uno de los relatos narra una violación realizada por él, pero en la ficción

**Fue acusado de violación y ahora ajusta cuentas haciéndola realidad en la ficción de un relato. Migoya vuelve con toda la artillería.**

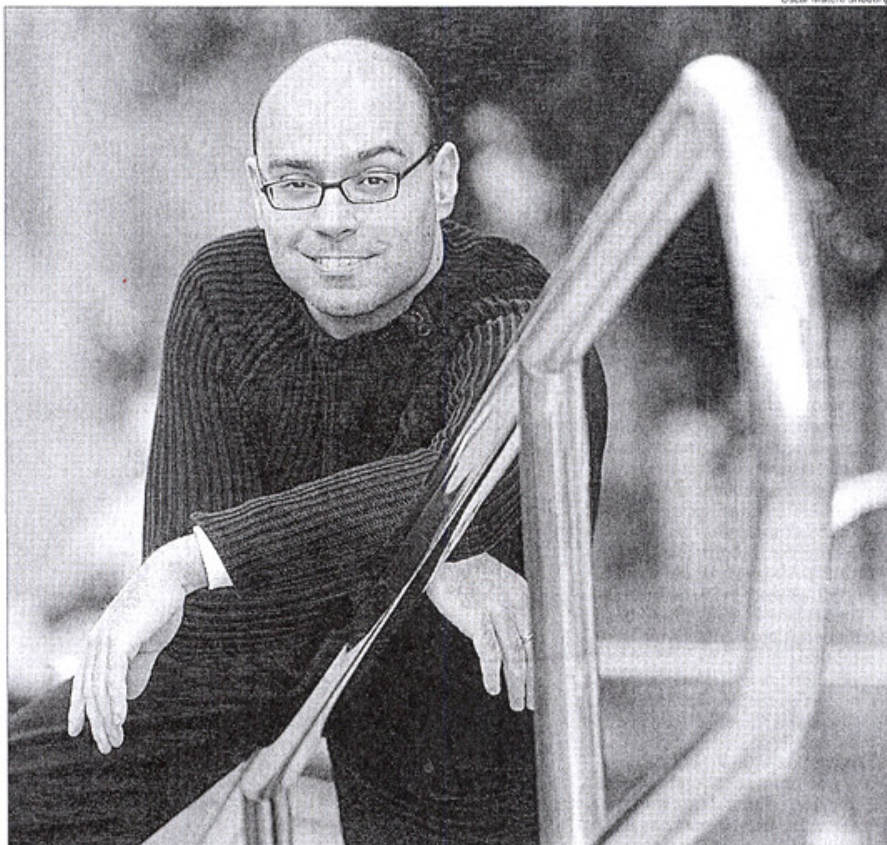
Manuel Calderón

MADRID- En la primavera de 2003, Hernán Migoya era conocido como guionista de cómic por una minoría de seguidores de su estilo directo, ácido y violento, que ya es decir minoría. Nadie se había dado cuenta de que tiempo antes había publicado un libro de «cuentos románticos» de título inolvidable, «Todas putas». En apenas una semana, gracias a que fue delatado públicamente por un grupo de feministas, se convirtió en un autor conocido, mediático, casi un «freak» de las letras, al que nadie había leído, pero que había escrito un relato, «El violador», considerado no sólo inmoral, sino escrito más allá de toda moral, abyecto, en el que trata un caso de violación. No sólo fue acusado de misógino, sino él mismo de violador, aunque no se moviese de delante de su ordenador. Numerosos colectivos feministas y los partidos de izquierda —gobernaba el PP— pidieron alarmados la dimisión inmediata de la que había sido su editora, Miriam Tey, en esos momentos directora general del Instituto de la Mujer, precisamente.

Cuatro años después, Migoya vuelve con otro título para no olvidar: «Putas es poco». En cierto modo, una venganza, aunque asegura haberlo escrito sin resentimiento, o precisamente para librarse de él. Y está feliz, lo admite: «Me he sacado una espina y la mala conciencia que me habían metido en el cuerpo. Viví algo monstruoso: ser acusado de violador por haber escrito un relato sobre una violación sin que los que me acusaron lo hubiesen leído. Me alegro de vivir en un país donde hay libertad de expresión y se puede expresar la solidaridad con alguien».

### Con el ojo morado

El libro tiene todos los alicientes que tanto admiran sus detractores: violencia, sexo, maltrato, violación, soledad, sordidez, tristeza, sucia realidad. En la portada de «Putas es poco», una mujer tendida boca abajo sobre una alfombra peluda, muy de la estética de los 50, parece retozar de alegría con un ojo morado, se supone que por un puñetazo propinado por su hombre. Tiene el teléfono en la mano, no se sabe si para llamar a la policía o para cotillear con una amiga. Esa mujer es el



Hernán Migoya fotografiado en Barcelona la pasada semana

**«Me pidieron salir en debates televisivos para decir que las mujeres eran menos inteligentes»**

propio Migoya caracterizado: «Me he tomado la libertad de posar en la portada para poder reírme de un tema tabú, porque parece que todo lo referente a la mujer es intratable, incluido el maltrato. Para tocar estos temas hay que asumir la propia ridiculidad de uno mismo y yo, a mi manera, me considero parte de la estupidez humana que describo en el libro».

«Putas es poco» (Martínez Roca) se compone de veinte relatos, pero es en «El violador 2 (La secuela)» donde se venga literariamente, colmando la imaginación de los que le acusaron de agresión sexual. En él relata en primera persona el periplo que se inicia después de que su editora le anunciara que le «han acusado de hacer apología de la violación. Ahora mismo, todo el

país está aireando tu nombre por radio y televisión, asegurando que tu libro es un ataque a los derechos de la mujer», hasta que decide aislarse en casa durante meses agobiado por la situación, romper un día con la reclusión, bajar al bar a tomarse una copa, intentar ligar con una chica y finalmente violarla ante su negativa. ¿Es una provocación hacer realidad, aunque sea en ficción, el deseo de los que le acusaron de ser un violador? «Hay un ajuste de cuentas, pero también conmigo mismo: me río de mis propias obsesiones, el sexo, el deseo, las relaciones humanas. He respondido ahora porque me parecía tan barato y ridículo hacerlo durante aquel debate que en realidad era absurdo», dice.

### Provocación cantada

Y por si a alguien se le ocurre de nuevo denunciarle, recuerda que se considera «un escritor de ficción pura y puedo fabular con lo que escribo: ¿hay gente que se cree que el escritor es como los personajes? Si es así, el problema es aún más grave, porque esa es la base de la literatura».

Migoya es mítomano (el libro se

**Hernán Migoya asegura que «ahora no quiero ir de bueno, voy con toda la artillería pesada»**

lo dedica al Freddie Mercury porque «tiene una teatralidad con la que me edentifico», admite que le gusta la frivolidad y la publicidad y aceptará con gusto el escándalo que puede provocar: «Ahora no quiero ir de bueno, voy con toda la artillería pesada». La elección del título, «Putas es poco», es la primera provocación, estaba cantada, pero «creo que he jugado honestamente».

«Me propusieron salir en programas de televisión —confiesa—: me llaman un productor y me dice que si quiero participar en un debate para decir que las mujeres son inferiores. En eso me querían convertir, en un payaso mediático».

En un alarde de «incorrección», en el relato «Apología del terrorismo», Dios («Hola, soy Dios», escribe en la primera línea) asiste a una

### Sangre a borbotones



Nació en Ponferrada en 1971 y vive desde niño en Barcelona. Ahora está dirigiendo «¡Soy una pelele!», su primera película. No oculta una cierta tendencia a la violencia. En el relato «El corazón en un puño (violencia de subgénero)» da buena prueba de ello: «Ahí descargué toda mi rabia». «Puede ser —añade— que de pequeño me cayese en una marmita de novelas negras, con mucho Chandler, mucho pulp y los autores más duros, James Hadley Chase, James Elroy». Tras la polémica de «Todas putas» y el comportamiento de algunos escritores, sólo se le ocurre exclamar: «¡Qué pijo es el mundo de la cultura!»

fiesta de fin de año en el taller de un joven artista barcelonés de familia burguesa, en la que la mayoría de los invitados son «disc jockey». Su chica —la de Dios— lo había dejado por Buda, «tiene más labia». Al final de fiesta, deambulando por la ciudad con un amigo, acaba con unos «okupas» independentistas de Gracia tomando cerveza y gritando «¡Gora ETA!» a ritmo de «ska». «Advierto que está basado en hechos reales. Esa noche yo estaba en Barcelona y la situación real me parece más escandalosa de lo que yo pueda contar. La convivencia con los terroristas es grande, basta con que digan «los fascistas son los otros», es decir, nosotros para que se lo crean. Vivo en una sociedad donde todos son de izquierdas en un mundo capitalista, afortunadamente, pero no se privan de nada, y aún así son anticapitalistas».

Por partida doble, con este relato a Migoya le amargarían la vida en otras latitudes culturales más celosas de sus creencias religiosas, porque Mahoma no va a fiestas donde se fuma marihuana. Lo sabe e insiste en bendecir «el país democrático donde vivo».